

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones á provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios,
Pesetas. 2,25

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

En prensa.—Nuestro dibujo.—El ESPARTERO EN MADRID, por Don Jerónimo.—LA CORRIDA DEL MIÉRCOLES.—Revista de toros (20 corrida de abono) por Don Jerónimo.

EN PRENSA.

ALMANAQUE DE «LA LIDIA»

PARA 1886

escrito

POR EL DIRECTOR Y COLABORADORES

DE

La Lidia,

E ILUSTRADO

CON ALEGORÍAS Y CARICATURAS EN CROMO

por

DANIEL PEREA.

NUESTRO DIBUJO.

Juan Molina y Sánchez, nació en Córdoba el día 17 de Enero de 1851; hijo de Manuel Molina (a) Niño-Dios. Fue bautizado en la Iglesia de Santa Marina, feligresía de los toreros del Campo de la Merced.

Entre el ruido de belicosos preparativos de batalla, en el otoño de 1868, también en la morisca Córdoba se pensaba en pasatiempos arriesgados; y en tanto que las autoridades nuevas de la revolución volvían en sí, aquellos momentos se aprovechaban para hacer de la Casa-Matadero una escuela práctica de torero constante, con todos los elementos hábiles que en él entraban, aun contra el gusto de sus dueños.

Erá oficial de aquellas naves, por derecho de abolengo y heredado de su padre, Manuel Molina, Niño-Dios, y Rafael su hermano, Juan Molina, adolescente de esbelta figura, estatura corpulenta y ligereza y fuerza excepcional: animado á la sazón con los triunfos de Lagartijo su hermano, aprovechaba aquellas ocasiones para adquirir práctica y probar su corazón ya familiarizado con los riesgos.

Ocurrióseles á varios aficionados en unión á otros que siendo militares, de servicio en aquella población, no lo eran menos al torero, correr unos novillos, en fiesta privada, y al espada cordobés exigir que se encerrase un toro que él debía estoquear; y en esta ocasión fué la primera que en lance serio salió Juan Molina, á quien conocían en el barrio con el sobrenombre del Bolé.

Dado el primer paso, el oficial de la nave ocupábase con más asiduidad de los lances de capa y los cuarteos en los corrales, que de enlazar y descuartizar reses: gustábanle mucho más vivas que muertas, y en acción ofensiva que en quietud.

Resolvióse la cuestión, y en Febrero del 69 fué contratado para una novillada original en que debía estoquear una res, con cuyo motivo, y en el momento preciso halló el inconveniente de que siendo sordo había de hacer la suerte de un modo que á los espectadores causó no poca

risa; pero sus colosales facultades, su alcance y su valor, prometían un buen peón.

Así que la siguiente temporada de capeas y novilladas en poblachos y ciudades, con su hermano y sin él, toreó mucho y con provecho, no sin promover las quejas del jefe de la Casa de Matadero por su casi total ausencia en aquel verano; al siguiente el espada Bocanegra lo incorporó formalmente á su cuadrilla, habiéndolo lidiado con él en la feria de Sevilla el año de 1871, cuando por accidente desgraciado sustituía á Lagartijo herido en la tarde anterior.

Dos años próximamente siguió con él, hasta que por salida de Villaviciosa y muerte de Yust, entraron definitivamente Juan Molina y Mariano Antón, á ser ambos celosos auxiliares en las frecuentes corridas con que en los años trascurridos han ayudado tan eficaz y oportunamente á Lagartijo en su trabajo.

A su presentación en la Plaza Vieja, fué simpáticamente recibido, y cada día cautivó más los ánimos y se hizo aplaudir como peón asiduo, inteligente y de vista. Al poco de estar con su hermano, vió la cogida que éste sufrió, en la tarde del 23 de Junio de 1873, por el toro Chapetelo, de Benjumea; y aquella misma noche, mal de su grado; salió con la cuadrilla para cumplir su compromiso en Jerez, donde vió morir á su compañero y paisano, El Cano, víctima de un toro de Laffitte, oriundo del Barbero de Córdoba.

Juan Molina ha tenido varias cogidas: la primera en la plaza de Oviedo, donde un toro de Rioseco le dió un puntazo, y tres cogidas en Madrid, siendo la más importante la que sufrió en la corrida del 4 de Octubre de 1874, por el cuarto toro, de Nuñez de Prado, llamado Perdigón. Al ir á clavar un par al relance, fué cogido y volteado, sacando una herida de tres pulgadas de extensión en la parte interna y superior del muslo izquierdo.

Como lidiador, Juan Molina es lo que se llama un peón de cárena, de muchas facultades, duro y sabiendo flamear el capote como pocos. Parea desahogado, y castiga mucho; pero su trabajo resulta pocas veces brillante, porque no se adorna nunca y es de los que van á fondo sin meterse en dibujos. Su hermano Rafael tiene en él un auxiliar inapreciable, que el público quiere mucho y aplaude con gran frecuencia.

EL ESPARTERO EN MADRID.

Ya se ha estrenado el fenómeno en la villa y corte de todas las Españas. Los aficionados han podido juzgar *de visu*, en la tarde del miércoles último, 14 del actual, al asombroso diestro que los periódicos sevillanos presentaban como el Montes en miniatura del torero moderno.

Ya podemos hablar con algún conocimiento de causa de Manuel García, el Espartero; podemos juzgarle; podemos examinarle; podemos comprobar la exactitud ó falsía de las ponderaciones monstruosas de que el novel matador venía precedido.

Y vamos á hacerlo con la misma calma, con la misma serenidad que empleamos cuando Sevilla nos mandó á Mazzantini, envuelto en una aureola de gloria, muy semejante á la que en la ciudad del Bétis se ha confeccionado para el Espartero.

Entendemos, desde luego, que no hay nada tan

facil como juzgar á Manuel García, por las condiciones que reveló en la corrida del miércoles. El muchacho es de los que se clarean al instante, y no hace falta fijarse mucho en él, para ver en seguida cuál es el lado bueno, y cuál el lado de que flaquea.

Por de pronto, la curiosidad era tan grande por conocerle, que cuando entró en el corral para dirigirse al cuarto de toreros, hubo un verdadero tumulto en el público por verle de cerca y enterarse en detalle de todos los rasgos de su fisonomía.

Cuando se presentó en la plaza el primer toro, todas las miradas estaban fijadas en el Espartero; y en cuanto trascurrieron dos minutos sin que el chico tuviera ocasión de verificar ninguna suerte portentosa, ya se oía exclamar á algunos:

—¡Hombre! ¡Pues todavía no ha hecho nada!

Espectador hubo que creyó, sin duda, que al salir el bicho se arrodillaría ante el Espartero, y le lamería las manos como un perro de aguas.

Tal era el efecto que produjeron en los aficionados los desmesurados elogios de la prensa sevillana. ¡Cuánto, pero cuánto han perjudicado estos elogios á Manuel García!

Ni el Espartero es un *pétil* Montes, ni el Espartero puede empañar con la más leve sombra la reputación de los matadores que el público de Madrid aplaude, ni el Espartero trae, al menos por ahora, y á juzgar por lo que hizo en la corrida del miércoles, esas inmensas cualidades que se le han atribuído.

¿Qué es el Espartero? Pues es pura y simplemente un niño de 19 años, desprovisto de facultades físicas, y dotado del desatinado valor que presta una ignorancia absoluta del peligro, y un desconocimiento total de las reglas más elementales del torero. Ni más, ni menos.

El muchacho lidia las reses en la plaza como los chicos juegan al toro en calles y plazuelas. Para él, los toros no son animales fieros, cuyas intenciones hay que conocer, y cuyas acometidas hay que evitar de una manera conveniente y razonada.

Para el Espartero, el toro es una masa que se mueve y cornea, y con la cual debe andar el torero á puñetazo limpio, ya con el capote, ya con la muleta, ya con las mismas manos del torero, como si lo que se tratase de demostrar fuese que el hombre es tan animal ó más que el toro.

Esto da á entender, sin gran esfuerzo, que el joven matador debe estar siempre en la misma cabeza de la res. Y así es, en efecto; tan en la misma cabeza está el Espartero, que el miércoles, al dar un recorte con el capote al brazo, recibió en la espalda una tremenda bofetada con el testuz del toro, y fué á parar, despedido violentísimamente, á dos metros de distancia.

En otra ocasión se salió de la cuna apoyando las dos manos en el testuz; y dos veces, á la terminación de una media verónica, dió un fuerte puñetazo al toro entre los dos cuernos.

LA LIDIA



J. Turca

Con la muleta en la mano, el toro y el matador se confunden en un sólo objeto, en cuanto la res se ciñe un poco. El Espartero no tiene, puede decirse, más que dos pases: el pase por alto y el cambiado. Con el primero, que es algo sesgado y muy en corto, hace que el toro se vuelva, no al aviso de la muleta, sino a la vista del bulto; y como el torero está siempre lindando con el terreno del toro, no tiene que hacer sino mover la muñeca de derecha á izquierda, para que el toro tome el terreno del hombre, y se verifique el cambio en un pal no de terreno.

Con estos dos pases, el Espartero, marea al toro, en un bullir continuo, sin separarse un ápice de la cabeza y moviendo los pies en todas direcciones sin tregua ni reposo, hasta que la res se para zarandeada y descompuesta, sin igualar casi nunca las manos.

Esto de que los toros no se igualen, importa poco al Espartero. Aquí la decoración cambia y el valor desaparece. Vamos á explicarlo. Mientras el Espartero ve su defensa, sea muleta ó sea capote, se muestra desahogadoísimo, porque mueve con libertad y coloca el engaño á la distancia y en la dirección que estima convenientes.

Pero al liar para dar la estocada, el matador tiene que fijar los ojos en el morrillo del toro y dar la salida al trapo, *sin mirarlo*, porque no es posible. En este momento hacen falta el valor para meter el brazo y la habilidad para salir ileso de la reunión por medio del quiebro de muleta.

Y como el Espartero no tiene habilidad alguna y en el lance de la muerte es indispensable la habilidad, el muchacho ha conocido que corre un peligro inminente y sale tranquilamente del paso, colocándose, para arrancar, fuera de la cabeza, é hiriendo por medio de un cuarteo claro, evidente y sin disfráz alguno, es decir, esquivando el peligro.

Añádase á esto, que arquea extremadamente el brazo y se comprenderá que la mayoría de las estocadas tienen que resultar perpendiculares y muy pocas rectas, y que además, en cuanto un toro se aplome ó vuelva mansurrón, hay exposición segura á pinchar repetidas veces y á que los toros se queden vivos, como sucedió al Espartero en el segundo que mató el miércoles.

El Espartero, pues, no sabe colocarse para matar, y nos alegraremos equivocarnos al creer que es muy difícil que se coloque alguna vez como deben perfilarse los matadores de toros. Abonan nuestra creencia, la escasez de facultades físicas del novel diestro y la circunstancia importantísima que hemos apuntado antes, es á saber: que el valor intrínseco es absolutamente inútil para despegarse al toro del embroque, porque hace falta serenidad y arte, ya que la vista no está en la muleta, sino en la punta del estoque y en el morrillo del toro, y el Espartero necesita hoy medir perfectamente *con los ojos* la distancia que media entre la defensa que lleva en las manos y las astas del toro.

¿Qué es, en suma, el Espartero? Una criatura de 19 años, dotada de un valor asombroso, pero que proviene de una ignorancia más asombrosa aún; una criatura de 19 años que, con la sonrisa en los labios, inocente, cándido y con la inconsciencia natural del peligro, se acerca á los toros de la misma manera siempre, sean cualesquiera sus condiciones, y se lia con ellos como si fueran de cartón, seguro de que cuanto más cerca se halle de los cuernos, es menor el riesgo que corre.

Ahora bien; ¿se puede pedir más á una criatura de 19 años? Nosotros creemos firmemente que no, y por eso estimamos crueldad excesiva, en general, la opinión que la prensa ha formulado del nuevo espada, tratándolo con un rigor á todas luces inmerecido.

Santo y bueno que los desmesurados elogios de la prensa de Sevilla, molestaran á los aficionados, por las censuras que implícitamente contenían esos elogios contra diestros que el público madrileño aplaude y admira; pero ¿es acaso responsable el Espartero, de la fanática admiración que en sus amigos y en los aficionados sevillanos ha despertado?

¿A qué juzgar al muchacho desde un punto de vista absoluto y no ponerse en relación con su poca edad, con su inexperiencia y el temerario arrojo natural á estas mismas circunstancias?

Dígasele en buena hora que todo lo que tienda á engreírle le llevará seguramente á una desgracia; pero formar un juicio definitivo por una sola corrida y despojarle, por lo que en esa corrida ha hecho, de toda condición para arrancar legítimamente aplausos; decirle que sea soldado de fila si quiere obtener mayor graduación, nos parece soberanamente injusto.

El Espartero es un niño ignorante, pero es un

niño valiente; un torero en estado de feto, un torero que necesita la lactancia del arte, pero que se presenta con una economía sana y robusta para que esa lactancia caiga en buen terreno y haga del niño de hoy, el hombre de mañana.

Lo que hace falta al Espartero, es torear al lado de los que pueden enseñarle y ponerle en camino de hacer mejor uso de su admirable temeridad. Con ellos podrá hacer mucho; con los que le adulan y le cantan al oído ditirambos insensatos, no conseguirá sino malograrse y malograr las esperanzas de los que ven una en él, y le muestran cuerdamente el camino de salvación.

Mucho más podríamos decir del diestro sevillano; pero no todo se ha de decir de una vez, y no será tampoco esta la única ocasión que tendremos de juzgarle. No hemos hecho sino generalizar nuestras ideas acerca del Espartero. Cuando le veamos torear más, diremos lo que hoy callamos. Téngase en cuenta que apreciamos el trabajo de Manuel García, por las condiciones que demostró en la corrida del miércoles. Y como no nos parece bastante una corrida para emitir juicios definitivos, esperamos tener nuevos motivos de ver al Espartero en la plaza de Madrid, y de asistir á una victoria, ya que su estreno ha sido, ¿para qué negarlo? una verdadera decepción para la inmensa mayoría del público.

Cuanto á nosotros, no tenemos por qué ocultar que no estamos al lado de los que han tratado al Espartero con despego horrible ó con injusta saña. Creemos que no puede pedirse más á un niño de 19 años; y esto nos basta para que nuestras simpatías estén, por hoy, cordialmente, por el apreciable diestro sevillano.

LA CORRIDA DEL MIÉRCOLES.

Después del extenso artículo que dedicamos al Espartero, poco, muy poco nos queda que decir de la corrida extraordinaria de toros verificada el miércoles último, y en la cual dió el Gallo la alternativa al nuevo espada sevillano.

Los toros de Doña Teresa Núñez de Prado dejaron bien puesto el pabellón y cumplieron todos, á excepción del cuarto; sobresalieron el segundo y sexto, y fueron todos ellos detestablemente lidiados.

El Gallo perdió por completo los papeles en la muerte de sus tres toros, y dió margen á ruidosas manifestaciones de disgusto y de indignación, de esas que mortifican en lo más vivo el amor propio de un torero.

Si Fernando no se enmienda, ó la suerte no le es más propicia, vale más que abandone al público de Madrid antes de que se haga incompatible con dicho público. Ciertos espectáculos desagradan tanto á los buenos aficionados, como á la entidad que los provoca y justifica en cierto modo.

Y como nosotros no abrigamos animadversiones personales, y aquí parece entrar por mucho la personalidad, todo lo que sea no arrojarse á los toros, es dar armas á los enemigos para que la guerra adquiriera caracteres irrefutables de justicia. No decimos más.

Saleri dió un magnífico salto con la garrocha. Lo demás, vale más callarlo.

TOROS EN MADRID.

20 CORRIDA DE ABONO.—18 OCTUBRE DE 1885

Ganado de D. Antonio Hernández; cuadrillas, las de los tres espadas escriturados para los días de fiesta; hora de dar comienzo, las tres; tiempo nublado.

Saltó y vino *Artillero*, berrando en negro, botinero, coliblanco, de libras y corniabierto. Tomó de los picadores de tanda, Cirilo y Manuel Calderón, tres varas, sin codicia, algunas después de haber vuelto la cabeza varias veces, y terminó desafiando. Se libró de fuego por milagro.

Manene salió por delante con dos salidas falsas, ceñidísimas, clavando luego un par cuarteando, trasero y desigual; siguió el Torerito con un mal par de sobaquillo, y terminó Manene con un buen par al sesgo, después de intentar uno á la media vuelta. (Aplausos.) El toro quedado y queriendo dar una desazón.

Rafael, de verde y oro, con mucha desconfianza, dió ocho pases y un sablazo cuarteando. (Pitos y palmas.)

Hermoso fué el segundo; negro, bragado, de libras, y corniveleto. Se arrancó con bravura ocho veces á los caballos, y atacó tarde. Mató un caballo.

Luis Regaterillo salió de primeras con un par muy valiente, al cuarteo, algo trasero, de puro consentir; secundó Victoriano con otro par también de valiente, y terminó Luis con uno bajo, sesgando. El toro cortaba el terreno.

Salvador, de encarnado y oro, se encontró al toro á la

querencia de un caballo muerto, y después de pasarlo una vez al natural, cuatro con la derecha, tres de telón y un medio pase, se arrancó admirablemente, y clavó una estocada trasera y caída que hizo caer al animal. (Aplausos.)

Negro zaino, sacudido de carnes, cornicorto y apretado y algo caído del izquierdo, fué el tercero, que atendía por *Ojitos*.

Tomó con bravura, pero sin poder, siete varas, propinó una caída á Cirilo y otra á Calderón, y mató dos caballos á Manael Calderón, uno al Chuchi y otro á Cirilo.

Saleri clavó un par cuarteando trasero y desigual; Lobito prendió otro buen par al cuarteo, concluyendo Saleri con otro cuarteando aplaudido. El toro acudía.

El Gallo, de lila y oro, despachó á su enemigo, que estaba aplomado y sin ganas de coger, de una alta en hueso; un pinchazo, también en hueso, y una estocada hasta la mano, dando tablas, arrancándose siempre con deseos de volver por su honra. Los pases fueron catorce. (Aplausos.)

Beato se llamaba el cuarto; castaño, ojalado, carinegro, de libras, abierto de defensas y caído del izquierdo. Acosado á veces, y otras con bravura, tomó cinco varas; dió tres caídas y mató un caballo.

El Torerito clavó un par cuarteando, caído; Manene secundó con otro cuarteando, después de una salida falsa y un acosón, y terminó el Torerito con un par cuarteando bueno. (Habo palmas.) El toro algo descompuesto y con poder.

Rafael, muy encorvado, dió trece pases y disparó media estocada alta, saliendo acosado, que partió al toro el corazón. (Palmas.)

Negro zaino, de libras, caído de cuerna y bizco del izquierdo fué el quinto, llamado *Español*, de poder y tarde.

Entró á la caballería seis veces, dió tres caídas, mató un caballo, inutilizó otro y se arrancó dos veces de improviso, zambullendo en el olivo á los matadores.

Regaterín y su hermano clavaron dos pares y medio en medio de una abundante lluvia.

Salvador despachó al animalito de media estocada alta, arrancando; un pinchazo en hueso, y una inmensa estocada, mojándose los dedos, precedido el todo de quince pases. Después descabelló al segundo intento. (Aplausos.)

Con una lluvia torrencial que se inició en la muerte del quinto, cerró plaza *Negrito*, que era como su nombre; recogido de cara y de cornamenta, y además bizco del derecho. Tomó, extrañándose y sin codicia, cuatro varas, dió dos caídas y acabó desafiando; un caballo quedó en la arena.

El Lobito se puso como el chico del esquilador, de salir en falso y clavó dos pares y medio repartidos entre la pezuña y las orejas. Saleri cumplió con un par al cuarteo. El Gallo, en medio del diluvio universal, pinchó al toro cuatro veces, y el público salió á todo correr, huyendo de aquella plaza que parecía un estanque.

RESUMEN. Una corrida á la altura del tiempo, con respecto al ganado. Los toros de D. Antonio Hernández no dieron ni podrán dar gusto á los señores. El que fué bravo tardeó ó careció de poder en el primer tercio, y el que no fué bravo fué un guasón con tendencias á buey. En banderillas se taparon casi todos, y en la muerte se quedaron generalmente ó se descompusieron.

Rafael.—En su primer toro mereció un entusiasta aplauso por su modestia, y los que le silbaron no supieron lo que se hacían. En efecto; puede pedirse más á un matador de toros que dar á entender clara y elocuentemente que carecía de recursos para matar al enemigo que tenía delante? Rafael vió que el toro estaba dispuesto á darle una desazón, y debió exclamar:—Lo que es la desazón, te la doy yo á tí, y que te parta un rayo si miento.

Y se arrancó al gollote con toda la inocencia del que no ve, y se marchó luego á los estoques, como el cura de Gabia (con perdón), dejando al bicho rebozado en su propia sangre. Muy bien hecho; cuando no hay más recursos que hacerlo mal, porque se carece de ellos para apoderarse de un toro como el primero de ayer, lo que hace falta es un sopapo en los bajos, y á tierra el toro. La maestría queda por el suelo, pero la prontitud se aprecia siempre.

En su segundo toro arrancó con alma, pero se desvió en la reunión, y clavó, escupiéndose, media estocada de fortuna que le valió una ovación. En la dirección, como siempre, y en los quites coadyuvó al trabajo general, en lo poco que la tarde dió de sí:

Salvador.—En su primer toro, bravo con la muleta para despegarlo de la querencia del caballo muerto, y admirable al meterse en la cuna para herir, á pesar de haber resultado la estocada trasera y un poco caída. En el segundo toro, que se defendía, trabajó como un valiente, en vez de meterse á salir del paso con un metisaca en los bajos, como el animal y la lluvia que caía con violencia lo pedían. Arrancó siempre corto é hirió en lo alto. Fué aplaudido en la muerte de los dos bichos. En la brega y quites, como siempre.

El Gallo.—En su primer toro volvió por su honra y escuchó unánimes aplausos. Sea enhorabuena y que se repita. En el último de la corrida pinchó demasiado, pero hay que tener en cuenta el tiempo que hacía.

Los banderilleros, por lo mediano. Los picadores, por lo malo. La entrada, por lo deplorable. Y el Presidente, por lo inaguantable en la dirección del primer tercio.

DON JERÓNIMO.